

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

GABRIELA LEZAETA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

GABRIELA LEZAETA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién Soy?

¿Quién soy yo?

Pregunta de una inmensa trascendencia que todos nos hacemos y que lleva implícitas ¿de dónde vengo? ¿Viví antes? ¿Tengo alguna misión? Es una incógnita tremenda.

Tal vez he existido aquí o en otro planeta y soy esa chispa de energía cósmica que buscará en otro cuerpo la extraordinaria aventura de vivir, ese pequeño calvario, una y otra vez. ¿Vine aquí a expiar faltas anteriores? ¿Saldré esta vez más pura, más sabia o caeré en un terrenal purgatorio la próxima? No lo sé. Nadie lo sabe. Pero desintegrarme al igual que una planta sin dejar residuo vital salvo un puñadito de sales, nunca.

Tengo que bajar a mi limitada persona, al nombre que me pusieron mis padres, al papel que desempeño ahora. En este caso, yo espíritu, yo energía que recorrí el cosmos, el tiempo, acarreando tristezas pasadas, alegrías pasadas, me detuve en este planeta y dejé mi vagancia... Es como achicarme de golpe. Alicia en el país de las maravillas.

Por misteriosos designios de la providencia y de los muy misteriosos vascos, antepasados míos (tal vez yo misma en otra envoltura), decidieron viajar y establecerse en Chile en donde nací con sus fallas

y sus virtudes. Para qué poner la fecha entonces cuando es posible que tenga miles de años. Sólo sé que mis padres no eligieron un nombre original. Ya existía aquí una Gabriela inalcanzable que echó a perder este mi nombre obligándome a firmar Gabriela L. casi como decir Madame X. (Si yo me eligiera uno me pondría Penélope.)

A cada paso me salen los abuelos y los de más atrás. El que obtuvo el éxito que la sociedad establecida concebía como tal, pero a costa de frustrarse como el gran pintor que pudo haber sido. La bisabuela lujosa que se pintaba los ojos con una almendra tostada y que se casó dos veces (en esos tiempos) y aquella otra que era dechado de sencillez y virtudes cristianas y la que hizo voto de pobreza y vistió siempre un oscuro sayal franciscano. Abuelas, yo las llevo a todas en mi sangre. Soy esta suma de defectos y virtudes. Soy el pasado y soy el futuro, con los nietos que a mí me continuarán y que me meten en ese mundo indescifrable, perfecto o tremendo del mañana. ¿Convendrá para ese futuro legar una inquietud por el arte? Qué consuelo, qué apoyo al menos en esta vida es tenerlo. El don de sentir por excelencia, de vivirse con intensidad y siendo dueña de una soledad propia, arrancarse de ella en los pinceles, el buril o el lápiz. Gracias, antepasados. Si nos entregan veinte talentos de plata tendremos que dar cuenta un día de ellos. Me pregunto qué hago yo con los míos, qué haré, qué puede hacer una madame X en un mundo de violencia salvo ser una pequeña semilla de paz. Siendo la que escribe y no la que habla no pretendo hacerlo con mensaje porque cuando lo pone la mente generalmente falla. Espero que salga de mi subconsciente, de mi ser interno y en mi actitud conciliadora ante la agresividad característica de estos tiempos.

Creo haber estado presente en el primer día de la humanidad, hasta ahora el más importante. El día en que el hombre llegó a la luna. Es curioso. Lo que me produjo una fuerte impresión no fue la hazaña científica, el futuro de este descubrimiento, sino lo que estaba experimentando junto al televisor, al igual que millones de personas en todo el mundo. Eso. Que por primera vez el ser humano vibraba al unísono, se daba la mano, se unía en la misma empresa, el mismo deseo de triunfo. No estaba como siempre dividido por ideas y por países, por equipos. Eramos uno. Una cadena de fuerzas, de pensamientos, tan grande, que nada pudo fallar y cada uno de nosotros pusimos ese pie que fue el primero en la luna y con el que abrimos un nuevo futuro a nuestra raza. Esperemos un segundo día.

Creo que desgraciadamente fui una niña precoz que captaba a los demás y los sufría como persona grande, que a los seis años me enamoré de un hombre de veinticinco y que tuve un amargo desengaño cuando a los pocos meses de admirarlo tanto me traicionó casándose con una amiga de mi tía después de decirme el muy falso que iba a esperarme hasta que creciera. Cuando aprendí a leer me vengué reemplazándolo en mis pensamientos por "Sandokán, el tigre de los mares" en los mismos tiempos en que Eliana Cerda amaba a Tarzán de los monos.

Cuando a los ocho años hice mi Primera Comunión experimenté una sensación de gran trascendencia mística que me marcó para el resto de mi vida en esa búsqueda.

Miro hacia atrás y veo mi infancia como una etapa muy misteriosa en que las personas que me rodearon se agigantan o disminuyen, toman caracteres de leyenda, listos para metérsese en cualquier novela.

Recuerdo también con emoción mi primer contacto con el mundo, la gran sensualidad de descubrir el miedo, la oscuridad, los olores, el frescor del parquet, el calor del sol... Por eso me cuento en otra forma los años. Yo diría que tengo ya cien porque en algunos me he vivido en la intensidad de las emociones cuatro o cinco juntos y otros se han deslizado lentos, nebulosos, afirmados en el recuerdo. Han sido un pequeño descuento a la vida, al envejecimiento. Dicen que hay tres edades en una persona y tal vez muchas más diría yo. La física, la espiritual y la emocional. La primera, la orgánica, es correspondiente al estado regenerativo de las células; la espiritual es la gran incógnita de cada uno. Yo diría que en la emocional siempre fui adolescente y me pregunto que hasta cuándo lo seré. Es una edad cansadora que desgasta a punta de emociones, y la única válvula de escape es escribir.

Resulta que a los nueve años ya era un adulto completo. Había vivido la desesperación, el amor, el encuentro con un misterioso más allá y tuve que hacerlo. Inventé cuentos sobre hadas, príncipes y magos y algunos fueron publicados en la revista "Mundo Social", y a los catorce algunas poesías bastante malas que guardé rigurosamente inéditas por ser ya más personales y un poco diario de vida, de esos que de tan privados tienen un candadito. A esa edad en que me aprestaba para vivir ansiosamente la etapa que me correspondía, tuvieron que enyesarme desde la cintura hasta los pies por un año, lo cual significaba estar totalmente horizontal. En los primeros días me pareció una muy mala jugada del destino. Pero ahora veo claramente que a este tramo duro de mi vida debo lo poco que tengo de paciencia, perseverancia y el haber sido dueña absoluta del tiempo, un regalo sublime en que pude estar horas mirando el proceso de las hojas de un árbol, sentir

la compañía de un grillo que empezaba su chirrido todos los días a la misma hora y de una cantidad de presencias invisibles que me rodeaban. Es decir, fue un año —¿tal vez cien?— de vivir más hacia adentro que hacia afuera, de volcarme, de parar esa mi película de actividad constante en que una anda más como sonámbula que consciente y en el tiempo en que mis amigas pololeaban, hacían paseos en bicicleta y organizaban fiestas. Entonces escribí algunos trozos sobre el silencio por ejemplo y que todavía estimo bastante aceptables. Es lo que yo quisiera comunicar, que cosas que en su tiempo parecieron muy amargas fueron regalos del destino y que después uno valoriza. De cada mala suerte es posible levantarse más firme, más segura y más alegre. En alguna forma hemos crecido.

No sé cómo funciona el mecanismo de la creación literaria en los poetas, líricos y subjetivos por excelencia en el traspaso del subconsciente a las imágenes, pero en la narrativa en cambio me parece que existe algo de mediunidad, como si al escritor le llegaran voces, seres que quieren hablar y expresarse a través de él. Y mientras escribe se transforma en ese ser, vive su personaje al igual que un actor en el teatro y que al írsele deja junto a un vacío una gran relajación.

Escribir es además para mí muy necesario porque con la palabra me siento tremendamente incomunicada. Nunca digo lo oportuno, lo que quiero o lo que debiera. Especialmente cuando frente a alguna determinada persona quisiera dejar una buena impresión. Pierdo las oportunidades como me pasó ante Neruda o Borges o Vargas Llosa por ejemplo. Uno dijo por ahí que "alguien" me recordaba como la tontita de los ojos azules.

Creo que de ahí el primer personaje que busqué fue una muda, la de mi novela "Color Hollín". Las

palabras me son traicioneras, tengo miedo de las palabras. Puedo hablar mucho pero mal. Tal vez para el ser humano sería mejor buscar otra vía de entendimiento, algunas vibraciones misteriosas de comunicación como sucede con el amor y no este maldito idioma de Babel que tiene al mundo como está.

Todavía conservo un pequeño grupo de amigas de colegio. En el invierno teníamos que escribir con guantes y el cuello subido del abrigo porque en esos tiempos las monjitas, que en general fueron muy buenas conmigo, consideraban un atentado las estufas y el tener las ventanas cerradas tanto como una cierta amplitud de mente. (Mil veces pensé que tragarme la lengua habría sido mucho mejor que hablar.) Nunca llegué a entender entre otras cosas qué relación tenía Satanás con un ambiente tibio que no llegaba a ser el infierno y por qué el frío alejaba los malos pensamientos (como pensar por ejemplo cómo se vería mi maestra si se sacara la toca y si era cierto que se bañaban con camisa). Después de esa no feliz etapa de colegio en que siempre gané las composiciones literarias y tuve que luchar en cambio y perder, con la rebeldía de mi cerebro negado para las matemáticas y que nunca me habría permitido pasar esos exámenes y estudiar medicina como hubiera querido (habiendo terminado mis humanidades ni siquiera estoy segura de saber las cuatro operaciones), entré en lo que me imagino el medievo de mi vida en que escoba en ristre me empeñé en tener un hogar lustroso en guerra santa contra el polvo, las pelusas de la alfombra y los orines de los pañales. Mi gran orgullo era la blancura de mi ropa. Aprendí a ser dueña de casa, madre y esposa hasta el extremo, negándome toda actividad artística e intelectual hasta que mis hijos crecieran, pasaran el peligro de matarse entre ellos. Creo que las cosas siempre las hice bastante bien con la simple fórmula de dar-

me entera, apasionadamente, hasta en los más simples menesteres que realizaba, poniendo amor en ellos. Constante y tenaz en lo que me interesa comprometo el alma.

Fue una etapa muy linda y creo que como todas muy digna de vivirse y que proporciona experiencias vitales y muy necesarias para poder después escribir; tanto o más que leer. Una noche de horror en la posta de urgencia (y yo fui seis veces) con un niño herido (siete horas con mi nieto), el haber cruzado el Parque Forestal a buscar un diagnóstico que podía ser fatal no se olvida, marca, igual que los instantes felices, yo diría que más. Uno es tan sólo un mapa de cicatrices de momentos que van formando ese sustrato rico en que afirmar más raíces de escritor y me parece muy peligroso para éste equivocarse el camino, cortar ataduras con la realidad y enclaustrarse entre libros. Tomando la vida desde su mayor simpleza es como el azar que se encuentra con las incógnitas de mayor trascendencia, que estaban por ahí en un rincón quieto, tal vez en esa parte de nuestro cerebro que no usamos, que es límpido, nuevo, lleno de sabiduría, libre de la memoria de fútiles recuerdos, en donde el monje, alquimista de ideas, revisa pergaminos de piel humana.

La magia ha tenido gran incidencia en mi vida. Siempre está al acecho, siempre me ronda y para mí, existir es magia; el amor, magia pura, blanca o negra. Creo en todo lo que me cuentan, en los platillos voladores, en los fantasmas, en el amor eterno y también en el cuento del tío que más de una vez me contaron. Pero prefiero esta actitud a la de cerrarse a las maravillas, a la desconfianza.

Por un acto de magia salí del pequeño mundo de mi casa y entré a conocer el de los artistas a la Escuela de Bellas Artes. Fueron siete años, un nú-

mero cabalístico, con que reemplacé la etapa universitaria que me había saltado, que me dolía habérmela saltado. Me topé con un ambiente duro muy distinto al mío y fue importante. Era como si después de conocer personas amables, hipócritas muchas, me hubiese topado de repente con seres no envueltos en carne; con los nervios los esqueletos a la vista, las ambiciones, los odios; amargos, complicados. Artistas al fin. Entonces mientras yo amasaba mi greda y antes de tener ningún contacto literario, salvo leer, empecé a escribir "Color Hollín" basada tal vez en lo que fue para mí el impacto con la pobreza que conocí anteriormente en la Cruz Roja, en la calle, en las confidencias de mi empleada, abismándome, y sin pretender ningún mensaje de tipo político como me achacaron. Y empecé también a sentirme dividida, que tenía que decidirme por un camino o el otro. Tenía yo en la plástica una lucha con los materiales nuevos. Odio los metales y nunca aprendí a afirmar un clavo, las estructuras se me caían. Entonces decidí que escribir me era más fácil. En cualquier forma yo buscaba un medio de expresión que me librara de mis cargas emocionales. Me demoré diez años más o menos en escribir "Color Hollín". Y aquí viene la magia. "Incendiaron la Escuela" es una novela todavía inédita en que me afloró esta etapa hace muy poco. Pensé que ahora no tenía tiempo, pero empecé a despertar todos los días matemáticamente a las cinco de la mañana y pude escribir hasta las siete sin ninguna interrupción y en un divino silencio. La terminé en dos meses y mi sueño volvió a su cauce normal. Volví a despertar a las siete. Guardo aún una que otra terracota, mi amor por ese material y mi admiración por Marta Colvín como la persona además de la artista, la calidad humana de mi profesor Julio Antonio Vásquez, recientemente fallecido, y mi pena por los que

quedaron en el camino y perdieron esos años sin conseguir su meta. O cuando menos no los perdieron como me pasó a mí. Cada experiencia es válida en la vida, es simplemente vivir, y nada puede ser más importante. Que yo escriba y esté aquí leyendo en una tribuna es magia también.

Debo hablar sobre mi carrera literaria, un terreno de arenas movedizas, en donde con vanidad puedo naufragar, pero si al hacerlo se piensa que uno es sólo un cauce o un aparato receptor de ideas y personajes, se salva. Esos seres viven en alguna parte de la tierra, o vivieron, y hablan a través de uno. El triunfo, el mérito de la sinceridad, es entonces de ellos, no propio. "Y por *nuestras* obras los conoceréis" especialmente cuando quien los relata se vierte entero en ese orgasmo que es la pluma. Si mi experiencia puede orientar al que se interese en esto, trataré de ser lo más sincera, con toda humildad en cómo este camino se me fue marcando. Escribir —digo por ahí, al encabezar un cuento— es a veces una forma saludable de reírse de una misma. Hay quienes lo hacen como una eliminación: con los riñones; o con el hígado, el cerebro; y en las "aficionadas" a las letras es fácil descubrir una notoria intervención de los ovarios o de la víscera emotiva. Yo pretendo escribir con la sangre, por eso a veces me sale tan fluido, tan ardiente o tan leucémico.

Como dije anteriormente, empecé con los cuentos apenas aprendí a unir las letras. Era una "cuentera" de nacimiento y el espaldarazo me lo dio un tío bisabuelo muy reconocido por sus discursos: don Juan Agustín Barriga, y por mí, sólo como un viejito alto y flaco que solía visitarnos y que apuñalándome con sus pupilas de un azul muy intenso, dijo: "tiene pasta, tiene pasta" cuando burlando su paciencia le mostraron algo escrito por esta niñita

de siete años, que como es natural debe de haberse sentido feliz de llamar la atención en esa forma. Empecé luego a mandar mis colaboraciones a las páginas infantiles de "Mundo Social" que todos los años organizaba un concurso. A los nueve años fui la ganadora, con gran sorpresa de mi parte y no poca desconfianza, porque sabía que mi abuelita era muy amiga de Dora Puelma, tan famosa como pintora, y que entonces dirigía la revista. Recibí un precioso libro "Las mil y una noches" con su dedicatoria y que todavía conservo y, ahora, revisando mi cuento, bien imaginativo, sobre el taller de juguetes del Viejo Pascuero, he llegado a la conclusión de que lo gané muy limpiamente.

A los quince años (cómo una adolescente no va a escribir) sepulté en los cajones una pequeña novela que sólo mi hija cuando tenía esa misma edad leyó. Pudo ver a su madre al alcance de su juventud.

Creo que fue en el año 1968 cuando entré al taller que dirigía Guillermo Blanco y luego al de Braulio Arenas en el Instituto de Las Condes, en donde yo seguí un curso de cerámica con Mandiola y escultura con Teresa Vicuña. Por el lápiz cambié entonces las herramientas. Además del estímulo literario que proporciona un taller, enseña a criticarse uno mismo y a revisar los vicios en que se cae inconscientemente al escribir. A mí me obligó a hacer correcciones a la novela autodidacta que me traía bajo el poncho "Color Hollín". Aprendí además a controlar la emoción, sacrificando algo a veces por la gramática, empecinándome en lo que encontraba justo, como ser en usar "aindiado" palabra que sorprendía y sobresaltaba a Braulio, tanto como el paso de una carretela por el sector céntrico en mi relato, y que era totalmente prohibido, según él y las leyes del tránsito. Casi le encuentro la razón, hasta que un día vi a una estorbar el tráfico. Todo era

posible. Igual en literatura, la imaginación puede a veces reírse de la historia y de la lógica, y hasta un poco de la gramática. Bien lo saben y lo aplican García Márquez e Ionesco en su teatro del absurdo.

Presenté ese año, el 68, un cuento al concurso "Nicomedes Guzmán" auspiciado por el Fondo de Cultura Económica de México, sin saber que la primera rueda era hecha por el público asistente a la lectura. Entonces habría sido importante llevarse a toda la familia de "claque" lo que no hice. Ni fui yo tampoco. En alguna forma mi cuento gustó al público quedando seleccionado para pasar al jurado. Obtuvo el segundo puesto, lo cual me hizo pisar por vez primera la Sociedad de Escritores, en donde fui muy generosamente acogida. Siempre se dice que a menudo los concursos no son limpios, todos, aseguran los que respiran por la herida, sin embargo, yo tuve la prueba de lo contrario, al ser una ilustre desconocida y seguí presentándome a ellos, porque bien dicen "no hay peor diligencia que la que no se hace" y es lo que puede ayudar a tener un nombre aún sin publicar. Casos dudosos habrá por supuesto. Pero sucede como en todo, que es difícil dar gusto a distintos jurados. Los considero una brújula; indican que vamos bien, o si debemos esforzarnos más. A veces se pierde, pero se debe acertar de vez en cuando. Igual que en la vida.

Como quien toma un número en la lotería entregué la carpeta con mi novela "Color Hollín" en la Municipalidad de Santiago en agosto del 69. En el verano me fui de vacaciones y no supe más de ella hasta que en marzo me preocupé de recuperar mis copias y al preguntar por éstas, me dijeron que había obtenido el primer premio. Políticamente estaban las noticias tan revueltas, y yo era nadie, y en la prensa nunca se supo. Cometí el error del novicio y me autoedité sin asegurarme distribución ni

propaganda. Nunca tuve la satisfacción de ver mi libro en la ventana de una librería y al ir a dejarlo en consignación de a tres o cinco ejemplares, muchas veces me sentí humillada. Si las obras de grandes escritores se encuentran a menudo en liquidación a precios irrisorios, que podía esperar yo con la mía. Sólo que fueran arrumbados en bodega. Para mí estuvo perfecto porque me cortó de golpe la vanidad. Aunque tuve algunas críticas muy favorables, comercialmente resultó un desastre. Fueron poquísimos los ejemplares que me cancelaron. Después el cambio de moneda y la inflación hicieron que me resultara absurdo el ir a cobrarlos. Además, algunos vendedores me estafaron, y por último unas cajas de libros se destruyeron en el incendio del "living" de una amiga de buena voluntad. Opté por regalar los sobrevivientes.

Presentando un capítulo de mi novela todavía inédita "Incendiaron la Escuela", pude ganar una beca para el taller literario convocado por la Institución Heiremmans, y que funcionó en la editorial Zig-Zag en donde después estuvo "Quimantú" y "Gabriela Mistral", dándome así la oportunidad de conocer de cerca a Manuel Rojas que lo dirigía. Después de oír con paciencia lo que traíamos escrito, nos acercaba al ser humano y dolido de sus propias novelas, a él mismo que también lo era, a un personaje del que escribía entonces con algo que se puede llamar el humorismo de la miseria, un hombre normal que vivía entre los alienados del Hospital Psiquiátrico. Un tema muy bien elegido; tanto le parece a uno que se vive entre esquizofrénicos y paranoicos. A veces nos enriquecía con anécdotas de sus andanzas de obrero y caminante, de su vida, siempre llena de sabor y humanidad como cuando contó que al visitar una escuela un chico le manifestó llamarse Manuel Rojas. —Así es que tenemos

el mismo nombre— le dijo por buscar su amistad. Sí —le contestó el chico— pero yo no soy hijo de ladrón. Otras, mientras leíamos describiendo conflictos, paisajes, amor, él, soñoliento se nos iba, desprendido ya un poco de la tierra, del intenso sufrimiento y disfrute que fue su vivir, soltando de a poco sus amarras físicas en ese ya su último año en este mundo.

Los talleres literarios ayudan como dije, especialmente porque incentivan, pero adelanta sólo el que tiene verdadera vocación, que reconoce con humildad (sin ella está perdido) que tiene el don, en igual forma que otros para la oratoria, el talento para la música, las matemáticas, aptitud para la carpintería o mano para la cocina. Casi todos tenemos algo y lo importante es explotar lo que se tiene. Nada de que vanagloriarse por cuanto hacerlo bien es además, la perseverancia, el oficio. Escribir se torna un desafío, se convierte en compulsión. Si no se respira se ahoga, si no se escribe se muere. IncurSIONAR en lo antiguo y lo moderno, leer ensayos, cuento, novela, poesía y mezcla, la prensa, con las antenas y los ojos bien abiertos hacia lo que ocurre en el mundo. Impactándose, rebelándose, criticando; todo hacia adentro de uno mismo, dejando caer allí las emociones como a un saco. La euforia de escribir hacia la derecha y hacia la izquierda en el papel, de arriba abajo y de abajo hacia arriba. En silencio y con bulla, tendido, sentado y también de pie. A máquina, con lápiz y mentalmente. En cuadernos, en páginas y también en el borde de los diarios y en "comfort" (como escribí mi primer cuento y por qué no si sale de nosotros como otra excrecencia). Y cuando hemos adquirido cierto oficio, empezamos a escribir, cuando se ha deshecho así, de frustraciones, tensión y dolor, se queda libre en un fondo de inenarrable paz y dulzura.

Después se topa con el muro (como en los test) Se llega sólo hasta lo que aporta el propio nivel cultural, su evolución en el del espíritu, o como ser humano (este último, el caso de Manuel Rojas).

Qué riqueza para el escritor nato poseer conocimientos científicos: física, química, medicina, etc.; cuánto engrandece su vocabulario, su visión del mundo y cómo se llora su falta. Y si además penetra la filosofía, lo espiritual, puede darse un Jung o un Hesse. Cuando uno es honrado consigo mismo conoce sus limitaciones, sabe hasta dónde puede llegar. Más allá sería sólo por gracia de Dios.

La creación literaria, ese chispazo que inspira y comunica con el cosmos, genera una cierta electricidad, una energía, y activa la mente al descubrir un tema, una emoción nueva. El que escribe, lápiz en mano, se convierte en cazador de fantasía, realidad o subconsciente. Existe el prejuicio de que todo lo que se relata es autobiográfico o por último lo sucedido a otras personas cercanas. Falso. Mucho más a menudo se escribe sobre lo que no sucede, se és lo lo que no se es, se reemplaza la falta de una vida novelesca, se peca, se realiza y se evoluciona a través de lo imaginado. Y entonces, a veces la realidad sale perdiendo, resulta pobre, frente a ese intenso sentir del artista.

Es difícil adentrarse en otras psiquis, en cauces ajenos del sentimiento, ese "passionare", sufrimiento de la pena, del amor, de la alegría. Sin conocer este secreto mecanismo de creación, salvo que Borges dijo que a él se le venía en la frase final, la clave que le daba la pauta para un cuento, puedo guiarme sólo por la propia experiencia. Isla convulsionada por un terremoto, para mí el tema surge inesperadamente y en general empieza por el título. Pequeñas o grandes vivencias, emociones, me hacen buscar el papel. Por

ejemplo: un sastre español muy amable y gentil y sobre todo muy cumplidor en la fecha de entrega, me estaba confeccionando un abrigo que solucionaría mi invierno. Cuando fui a buscarlo, como un despojo me pasaron un montón de tela azulmarino con sus hilvanes y marcas y la huella de su mano moribunda. El sastre había fallecido en pleno trabajo y nadie quiso continuarlo. Pensé lo que me habría dicho: perdóname señora por haberme muerto sin terminarle su abrigo, pero no pude. Desde esa frase adelante empecé la ficción, la historia de una vida mínima que vuelve al mundo con su reproche. "Se me dormían las manos y la aguja era un tronco..." Sólo dos páginas y pude competir airoso con más de seiscientos en Buenos Aires, en un concurso de cuentos breves.

Lectora fanática, en la juventud leí desordenadamente, mucho más que después, y ahora, en que me atan las responsabilidades y la esclavitud del tiempo. Un fascinante curso de literatura americana que seguí con Martín Cerda me abrió el horizonte de mi propia tierra, en ese compartir la sangre latina de los conquistadores mezclada a la angustia indígena.

La gran barrera la encontré yo, la encuentra cualquiera, cuando decide editar. No sé si en otros países es más fácil o más económico, sólo que aquí es un problema. Las novelas que esperan diez años como las mías, pierden vigencia, el acierto periodístico de noticia fresca, anticipación, ya que deben ser por lo menos testimonio de la conducta y el pensamiento de la época. Y hoy, con este misterio del cosmos, a punto de revelárenos cualquier día, es como si el tiempo o nosotros camináramos más rápido. Cualquiera fantasía la realidad la supera, y hasta la magia del mundo de Disney se torna existente. Los seres que en los cuentos calzan botas de siete leguas y alcanzan grandes distancias, se vuelven invisibles, crecen

o se achican. En los laboratorios se experimentan maravillas, puede hacerse oír y ver una imagen a millones de kilómetros, viajar por los cielos y planetas, desaparecer en un triángulo misterioso. La realidad está superando a la imaginación. Julio Verne era sólo un vidente del futuro, los inquisidores ciegos del pasado.

* * *

...Que tenga que estar tan sola para buscarme el camino, que se tenga que tocar fondo en todas las emociones. Tú, San Juan de la Cruz, que te adentraste en esa noche, conociste los túneles del sentir, pero no te perdiste en el laberinto, porque tenías una antorcha, eras la antorcha...

La soledad ha sido la constante en toda mi obra y descubro que por ahí he puesto:

Esta soledad detenida en que estoy.

Esta soledad sin puertas.

Esta soledad sin orillas.

Esta soledad sin espacio ni tiempo.

¿Es la soledad propia o la de todo ser humano que me pesa como lápida? Rodeada siempre de seres queridos, de amistades, comunicándome aparentemente con facilidad, la siento. Al escribir puedo salirme de ella, desdoblarme, dejar en libertad a ese interno testigo de mis acciones que me critica y se ríe de mí. Esquizofrenia pura, diría un psiquiatra, si alguna vez consultara uno. Pero me creo bastante cuerda y hacer el loco escribiendo es un lujo que me doy, un viaje al subconsciente sin necesidad de drogas. Simplemente me desato. Para qué necesito un psicoanalista si soy yo misma. Soledad es la edad del sol.

Una vez tuve un sueño premonitorio y se ha ido cumpliendo rigurosamente hasta su última fase. Es

decir acabo de terminar mi sueño. De aquí en adelante caminaré a oscuras. No sé qué va a ser de mí, vivida ya todas mis etapas, y tengo miedo que esta placentera esté terminando. No sé. Tendré que inventarme otro sueño para seguir viviendo.

Dar vida es doloroso. Novelar puede ser meta, realización y sufrimiento. Así como el poeta es eminentemente vivencial y subjetivo, el prosista debe de anularse, y escondido entre las líneas (pobre de él si se advierte, pobre de él si se oye) mirar hacia afuera, a los demás, y verse en sus caracteres. Llega el momento en que vive en un mundo de ficción, trasmuta la realidad por el sueño, los personajes lo rodean y urgen, convive con ellos como compañeros de un largo viaje, y luego tiene que despedirse para siempre al poner el último punto. Y a veces quedan rondando, penando... Esto es más o menos lo que trato de expresar en el siguiente cuento.

EL ASALTO

Cerré el cuaderno y puse llave a mis pensamientos. En ellos acontecían muchas cosas porque en mi vida pasaban muy pocas. Me decidí por esa agradable caminata. El pretexto: ir de compras al pueblo y cortar ese diario sueño-delirio en que estaba sumergida, en un mundo ajeno y fantasmal, tan distinto al propio; como en un balcón, de espectadora.

Un látigo de viento y hielo me golpeó al salir, y ese fue ya un desafío a mi horario. Tiré la vista sobre el largo camino a recorrer, dueña de la tarde, de todo aquel mar bullicioso que pretendía tragarse las rocas y llegar como yo al pueblo. Caminé con entusiasmo, dueña al fin de ser yo la que olía, de mi lucha personal y heroica contra el viento y de

aquella primera sensación de frío que a medida que iba caminando se disipaba.

El sol se mostró sólo un minuto antes de desaparecer para iluminar un mar en tormenta. Unas cuantas gotas de lluvia. Cerrado mi cuaderno, cualquier cosa podía acontecer: una ola gigante, el encuentro con mi alma, así como por casualidad, cual si fuera un pedruzco o un tesoro cualquiera. Por último, llegar salina y empapada al pueblo; y comprar lechugas. Yo acción. Yo viva. Sumarme a los elementos, a su furia, a ese ruido monótono desprovisto de inquietud humana y que es un puro silencio. Y compartir el miedo y la ansiedad de los insectos. Miedo a ser pulverizados, a volarse. Extendí los brazos para captar con ellos mejor el temporal. Antenas desesperadas en busca de sentirme. Había un ritmo de aceleración e inquietud del mar, en su atadura a las playas, y su rumor era lamento. Yo compartía con él un destino de prisionero y su esfuerzo por liberarse. De mi destino, de mis pensamientos, de mi cuaderno igual que las olas, encadenada a recorrer el mismo sitio, a elevarme para luego deshacerme, hasta quedar en el anonadamiento del que se reconoce. Arriba, abajo, arriba, abajo...

Oscurecía, y el pueblo lejos. Solo empezó a encender luces. Yo caminaba con mis piernas, yo olía el ozono del aire y la sal. Sin pensamientos, era tacto, vista, olfato, oído. Así presente, yo era.

Hasta que de pronto, aparecieron detrás de una roca dispuestos a asustarme. Tres de ellos me cortaban el camino, no obstante parecer reales, y experimenté lo que una madre al enfrentar al hijo tanto más alto y crecido que ella: la sorpresa de haberlo parido.

—Déjenme pasar, les rogué. Hace tantos días que soy esclava de ustedes. Pido dos horas propias y una noche sin sueños.

Parecían decididos a impedírmelo:

—Nosotros llegamos a la vida por ti y podemos exigir la tuya, tus pobres horas sin acontecer.

Por momentos se agrandaban, tapándome la vista del paisaje que salí a buscar. El primero en hablarme había sido Nicasio. Lo reconocí por el balanceo campesino de su andar, por su actitud distante, ya desprendida de este mundo. Parecía dispuesto a no dejarme pasar. Su sombrero de huaso disimulaba unas ojeras siniestras.

—No me dejes morir —suplicó— inventa un remedio. No puedes ser tan cruel.

La Leticia se retorció las manos con desesperación. Nunca pensé que era una belleza, pero ahora me di cuenta de ello. Tal vez porque estaba enamorada.

—¿Cómo puedes abandonarme por este paseo conociendo mi aflicción? ¿A quién rogar si no conocemos otro Dios?

Un trueno seguido de un aguacero la acalló por un instante. Apuré el paso, pero me detuvo:

—Si me lo quitas mandándolo al extranjero, te equivocas. El amor verdadero siempre triunfa en los libros. Por último mátame, pero no me dejes sola. No te bastó echarlo en brazos de otra mujer...

Julián había estado allí todo el tiempo. Ahora hizo presente para decir bajando la cabeza:

—Yo estoy conforme con la suerte que me asignaste. Yo nací para suicidarme. Y estoy cansado de luchar. ¿Por qué esperar hasta fin de año?

Recordé aquel calvario que les había impuesto, aquel "pasadizo" que era una prueba y que los estaba convirtiendo en seres humanos y reales.

Quise desentenderme de ellos, seguir adelante ¿cómo habían logrado salir de su encierro? Pero Nicasio volvió a interponerse, a robarme mi tacto, mi

vista, mi olfato y a hacerse oír borrhándome todos los ruidos.

—Déjame al menos conocer a mi hijo. Falta tan poco para que nazca.

Había tanta fe en su súplica que casi me convence, pero me endurecí. Y le contesté no, con decisión.

Se desapareció el mar y me encontré presa, de cerros, de potreros que pedían ser arados, de vacas y de caballos que también trataban de impedirme el paso, y de ayudar a Nicasio. Se fue sumiso, con su fatalismo campesino, y sus tierras y sus montañas, resignado al fin.

—Leticia —le dije— lo pensaré, pero más tarde. Déjame ahora terminar mi paseo, vivir mi vida. Es necesario este oxígeno en mis venas para transpasarles vida, este recibir nuevas fuerzas de la naturaleza. Anémica no puedo ayudarlos. Por tu culpa me olvidé de proteger mi cabeza de la lluvia, y mira cómo estoy.

La Leticia se veía tan hermosa, tan seca en cambio, en medio de ese temporal, con sólo dos goterones colgando de sus ojos pensativos. Y supe que ya no me podía librar de ella, que era preciso seguir hasta el pueblo acompañada, oyéndola. Me dijo:

—No te preocupes. Estás viviendo y muriendo a través nuestro, recordando el amor a través de mí y lo que es sufrir. Tu vida es intensa.

Seguí mi camino con resignación, viendo el mar a través de otros ojos, sintiendo el delirio del vendaval, transformada en la Leticia, joven, bella, con aquel amor imposible que era un alarido. Y una mujer así no ve rocas, ni oye la lluvia, tan sólo su tragedia que se agranda y es su único paisaje.

* * *

GABRIELA LEZAETA. ¿Quién es ella? Nos reunimos no para saber quién es más ni quién es menos, sino para enterarnos quién es quien.

GABRIELA LEZAETA CASTILLO nació en Santiago. Cursó sus preparatorias en el Colegio de las Monjas Francesas.

Aquí disputa año a año el mejor puesto en literatura. Escribió su primer cuento cuando tenía 9 años de edad para la página infantil de la revista MUNDO SOCIAL.

Cursó sus humanidades en el Sagrado Corazón, de donde egresó. Contrajo matrimonio y se dedicó a ser madre, crió cuatro hijos, que hoy junto a sus profesiones, arquitecto, sociólogo, son artistas fotógrafo, pintor, escultor.

Cuando termina su acción formativa, deja los afanes de la casa, ingresa a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile y sigue escultura durante seis años con Julio Antonio Vásquez y Marta Colvín.

Pasada su época académica, su creación escultórica es abstracta, la que pasa a ser celebrada y premiada. Obtiene distinciones en el Salón de Alumnos y en el Salón de Primavera de la Casa de la Cultura de Ñuñoa.

Deja la plástica por las letras, sin que el cambio haya representado la pérdida de compromisos artísticos.

Asiste al Taller de Cuentos de Guillermo Blanco, al de novela de Braulio Arenas, y al del mismo género dirigido por Manuel Rojas.

En estos años lee mucho y escribe, porque busca el oficio. Y comienza su carrera literaria.

En 1968 se presenta por primera vez a un Concurso de Cuentos (Nicomedes Guzmán) y obtiene el segundo lugar con "El Castigo".

En 1969 gana la publicación de su cuento "Isla en la Ventana" en un concurso para una antología que edita la revista PORTAL. Este mismo año alcanza Mención Honrosa en el Concurso Municipal Gabriela Mistral, con su novela "Color Hollín", que edita en 1970.

En 1973 obtiene Mención Honrosa en el Concurso Nacional de Cuentos de la revista PAULA con su cuento "Viene a comer mi jefe"; al año siguiente (1974) recibe nuevamente Mención Honrosa en esta revista con su cuento "Pensión de Vejez".

En 1975 logra el Premio UNICO en novela en el Concurso Pedro de Oña, con su obra "Incendiaron la Escuela".

En 1976 participa en Buenos Aires en el Concurso Internacional de Cuentos Breves "Jorge Luis Borges" con "Perdóneme Señora" y es galardonada con el Primer Premio. Obtiene el Pedro de Oña esta vez en cuento con su conjunto "Algo de Magia".

Tiene dos novelas que esperan editor: "Incendiaron la Escuela" y "La Segunda Vida". Aparte de un conjunto de cuentos.

En su producción algunos críticos creen encontrar la escritora de contenido social. ¿Pero es que

no hay hombres, mujeres y niños que viven en el mundo arrinconados por años de miseria y del dolor que desploma?

Su obra es el drama íntimo de nuestro pueblo y es la solidaridad, esa que se parece a cómo llevan en brazos a los niños las madres del mundo.

Otras veces todo sale de su presencia y continúa como un río. En ella están todos los escenarios con los que se enfrenta y expresa distintas relaciones.

Nada le deja de ser sustancioso, ya la gracia de sus cinco nietos, renovales de su casa donde todo creció armónicamente; como la lectura de los grandes escritores del momento. ¿Por qué no...?

Q. P.